

# Diosa, guardiana y verduga

Omar Jair Rodríguez Flores\*

1

Avanzaba lentamente sobre el mar anaranjado que se extendía por debajo de sus descalzos pies. Con cada paso que daba su vista encontraba vestigios de una época antigua en la que el ser humano fue rey y verdugo no sólo de su propia raza, sino de las demás que acompañaron su existencia.

A pesar de que la arena lo había cubierto todo, pequeños pedazos de acero oxidado, cuyo propósito fue el de formar y sostener a aquellos olvidados gigantes de la modernidad, podían asomarse para observar el mundo que sus progenitores dejaron. Aquel ente se detenía de cuando en cuando para observarlos y una ligera sonrisa se dibujaba en su grisáceo rostro.

Notó que una sombra se extendía por la superficie no muy lejos de donde se encontraba, tornó su mirada y descubrió a un viejo pero resistente sobreviviente. Un edificio sumamente alto, adornado por numerosos paneles de cristal que aún podían relucir bajo la cruel luz del sol, trataba de erigirse orgulloso pero su ligera inclinación hacía pensar a cualquiera que algún día, sin importar que tan distante estuviera este, caería.

Cuando estuvo a sólo unos pasos del objeto de su curiosidad, observó que uno de sus paneles estaba roto así que se adentró en las entrañas del edificio y comenzó a explorarlo.

Sillas y escritorios desperdigados por el lugar o amontonados en algún rincón cubiertos de polvo y arena; papeles, pedazos de cristal y restos humanos eran los ornamen-

\* **Estudiante de la Licenciatura en Lengua y literatura hispánica en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, Universidad Nacional Autónoma de México.**

tos con los que el suelo se engalanaba; el silencio recorría cada uno de los pasillos hasta chocar con los oídos de aquella figura misteriosa cubierta enteramente de harapos negros y desgastados: todo eso era lo único que podía ser percibido en aquella extraña escena.

Salió de la habitación a la que había ingresado. Descubrió un pasillo que lo dirigía hacia unas escaleras que estaban obstruidas por más escritorios, sillas y contenedores de basura. Buscó un elevador y al encontrarlo abrió sus puertas y se arrojó por el largo vacío que albergaba el conducto.

El aterrizaje no le resultó doloroso, su cuerpo era demasiado resistente, aunque, gracias a su piel, aparentaba ser frágil. Al salir del conducto del elevador sus ojos recorrieron lentamente la superficie del vestíbulo en el que se hallaba y su atención se posó en otro tanto más de cadáveres regados por el suelo.

Notó que no estaba sólo pues había alguien más caminando cerca. Vislumbró a un humano de andar débil y rastros de vitalidad totalmente perdidos. Su piel estaba increíblemente pegada a su esqueleto, sus ojos estaban putrefactos y de su boca ya no se asomaba ningún diente así como sólo se desprendían sonidos ininteligibles y apagados.

Desenvainó una enorme espada de piedra y hueso de su espalda para terminar con la vida de aquel miserable humano con una estocada al corazón. Al morir este, sujetó su cuerpo y lo dejó caer al suelo con delicadeza.

Repentinamente, un hedor humano sedujo su olfato a tal punto en que no pudo resistir seguirlo. Fue conducido hasta un cuarto en el que había una pequeña rendija que parecía llegar a algún lado. Se adentró en ella y ante sí se extendió un largo pasadizo que se dispuso a seguir. Con cada paso que daba, el hedor humano se hacía más presente.

Sin saberlo, ingresó a un sistema de drenaje por el que ya no corría ni una sola gota de agua. Sus oídos percibieron demasiado ruido en la lejanía: murmullos, gritos y risas. Aceleró sus pasos para llegar lo más pronto posible hasta su objetivo.

No tardó en encontrarse frente a una inmensa estructura metálica que fungía como una especie de portón además de dos hombres armados resguardándola. Los guardianes apuntaron con sus armas y le preguntaron quién era pero no recibieron una respuesta. Permanecieron quietos,

**V**islumbró a un humano de andar débil y rastros de vitalidad totalmente perdidos.

atentos y nerviosos por unos momentos hasta que uno de ellos indicó a su compañero que fuera a averiguar quién era aquel silencioso forastero, pero cuando intentó dar un paso las cabezas de ambos guardianes se desprendieron de sus cuerpos por obra de una mortal espada.

Una de sus manos abrió el portón y sus ojos descubrieron uno de los últimos rastros decadentes de la humanidad.

Numerosos puestos albergaban los suelos de aquella gran alcantarilla como si de un mercado se tratase. Hombres y mujeres, jóvenes o ancianos atendían sus puestos ofreciendo comida a cambio de municiones, municiones a cambio de comida u otros servicios a cambio de lo que los clientes pudieran dar. De alguna manera, el grupo de supervivientes había logrado hacerse de algo de electricidad por lo que había numerosas bombillas y luces neón iluminando pobremente tanto los puestos como los pasillos.

La figura los observó detenidamente y así descubrió a una multitud de tristes seres que difícilmente podrían llamarse "humanos" debido a que estos habían perdido la certeza de lo qué eran e, incluso, tampoco habrían sido capaces de indagar tan hondamente en su consciencia como para poder saber quiénes eran. El instinto de supervivencia los había despojado de todo eso.

Prótesis de metal sustituían numerosas piernas, brazos y muchos otros miembros; sus rostros ya no eran humanos sino los de un sueño. Apenas quedaba algún rastro de su ser primigenio dentro y fuera de ellos, ahora eran simples formas de vida que intentaron volverse máquinas de amor y gracia, pero en su fracaso sólo lograron obtener un cascarón roto que contenía desesperanza y una vana ilusión.

Buscaron la perfección, un escape del inevitable destino que les fue impuesto a sus cuerpos, una manera de trascender en la existencia colectiva en la que estaban inmersos y que los obligó a perder su propia voluntad e individualidad. Mas, sin importar cuantos esfuerzos hicieron y cuánta sangre derramaron, terminaron en el lugar que el destino y sus propias acciones prepararon mucho tiempo atrás.

Supo que de ellos no provenía aquel hedor, de sus cuerpos sólo emanaba un olor a metal y aceite.

Una de las personas que acudió a aquel mercadillo a intercambiar algo de municiones notó la presencia del forastero y al darse cuenta de quién y de qué se trataba, cayó al suelo de espaldas y entre acelerados jadeos dejó salir de sí un fuerte grito de terror.

En un segundo todos posaron su atención en el forastero y por sus desfigurados rostros se extendió el miedo, ante ellos estaba el exterminador de la humanidad. Según las leyendas pertenecientes a la última célula humana, él era un enviado de la muerte cuyo único fin era derramar la sangre de cada persona en la Tierra hasta que no quedara nadie más. No estaban tan errados.

Aparecieron más mercenarios entre la multitud y sin importar que estuvieran rodeados de civiles, abrieron fuego contra su cazador. Este incrustó su espada en el suelo y se cubrió detrás de ella.

Cuando cesaron los disparos, aquellos mercenarios pudieron observar que entre el humo y el polvo que sus balas habían generado se dibujó una tenebrosa silueta que no tardó en tomar su espada y aniquilar todo lo que había frente a ella.

La sangre inundó los pasillos y cubrió con varias manchas a los pequeños puestos de madera mientras los alaridos resonaban fuertemente sobre las paredes del lugar. Inútiles fueron los intentos de la gente para defenderse ya que ningún arma logró perforar la dura piel de su atacante.

Cuando la masacre hubo terminado, el silencio volvió a los oídos del forastero y observó cómo numerosos cuerpos, cuyas vidas habían sido arrebatadas por su espada, se extendían por todo el lugar, excepto dos.

Una mujer abrazada de su bebé permaneció de pie y sin ningún rasguño. Sus ojos, similares a los de un halcón hambriento que mira con hostilidad a una posible presa, permanecían atentos a los movimientos de aquel a quien apuntaba con una pistola que robó a algún mercenario distraído.

Para el asombro del forastero, la mujer no disparó a su cuerpo sino que escogió como blanco un generador de energía que al ser dañado, provocó un apagón de luz y todo se sumió en una abrumadora oscuridad.

Un generador auxiliar se encendió y, junto a la sangre de las víctimas, bañó todo el lugar de rojo. El forastero notó que la mujer ya no se encontraba ahí, había escapado. Su curiosidad lo incitó a encontrarla aunque no sabía bien qué haría cuando la tuviera enfrente.

**Sus ojos, similares a los de un halcón hambriento que mira con hostilidad a una posible presa, permanecían atentos a los movimientos de aquel a quien apuntaba con una pistola que robó a algún mercenario distraído.**

## 2

Continuó avanzando con un andar bastante tranquilo. Poco a poco fue descubriendo la manera en que los humanos habían estado sobreviviendo hasta ese momento.

Escondidos como ratas dentro de las alcantarillas siendo incapaces de recobrar aquella armonía y paz que sólo en ilusiones lograron alcanzar. Reemplazando sus partes corporales encontraron una manera de ser más resistentes a las amenazas que los acechaban, resistentes a sí mismos. Pero jamás encontraron una manera de trascender, sólo era cuestión de tiempo para que aquel ser terrorífico los encontrara y pusiera un fin a su historia.

Más mercados, extrañas unidades habitacionales, armerías, barricadas y otros lugares fueron visitados por el forastero y con ello, todos los humanos que ahí se encontraban fueron masacrados. Uno a uno perdieron la vida sin poder hacer nada. No podían huir ni esconderse, sólo esperaban a sentir el filo de la espada que estaba destinada a cubrirse con la muerte de la humanidad.

La mujer sabía que tarde o temprano sería encontrada por lo que decidió no detener su huida. Su presencia presagiaba el caos pero nadie era capaz de entender tal mensaje y cuando lo hacían, era demasiado tarde.

Aquella mujer atravesó miles de pasillos y pasadizos hasta llegar a una estación de metro abandonada. Afortunadamente, no había muchos obstáculos en su camino.

Ante ella sólo se extendían las interminables vías del subterráneo. Miró hacia atrás y el miedo se apoderó de su cuerpo al descubrir que su cazador seguía tras su rastro. No disparó, sabía bien que sus balas no harían ningún daño a su perseguidor por lo que sólo continuó corriendo.

Trepó uno de los andenes para después subir hasta la terminal de la estación. Descubrió que, misteriosamente, no existían rastros de arena sino todo lo contrario. La vegetación se había apoderado de todo al grado de que la estación estaba totalmente cubierta por un hermoso valle rebosante de miles de formas de vida color esmeralda.

Sin preverlo, su huida cesó y aunque seguía caminando con cierta prisa, no fue la suficiente como para impedir que sus ojos se posaran en las plantas que hace incontables años no veía. Las acariciaba, las olía y no podía evitar dejar salir de sí una pequeña risa. Tomó la mano de su pequeña hija y la acercó a una violeta que había en el lugar.

La escena llegó a su fin cuando la mujer pudo escuchar cerca de sí los pasos de su cazador mientras este mismo arrastraba la punta de su espada por el suelo.

Volvió a correr hasta que sus pies la llevaron a las afueras del lugar y aunque de nuevo fue invadida por el asombro al descubrir millares de ejemplares de plantas e incluso animales habitando las ruinas de una ciudad, no se permitió descanso alguno. Entró al edificio más cercano a ella e inmediatamente comenzó a subir las escaleras.

Después de varios minutos subiendo una interminable serie de escalones, llegó hasta al piso último de su breve refugio. Abrió unas puertas de cristal cubiertas por una enredadera y cayó al suelo totalmente consumida por el cansancio.

Toda su huída fue en vano porque detrás de ella se encontraba el exterminador de la humanidad. Para la nueva sorpresa de este último, la mujer no rogó por su vida o por la de su hija, sólo dejó a su bebé en el suelo, se puso de pie y, con los ojos repletos de ira, decidió pelear por quien amaba.

La mujer fue derrotada con tan sólo un movimiento que la mandó contra una pared. La figura misteriosa avanzó hasta su joven víctima, la tomó con una de sus manos para hundir su espada en su tierno corazón pero algo la detuvo. La hija de aquella feroz mujer le otorgó una mirada repleta de inocencia, pureza y hasta curiosidad.

Congelado por lo que observaba y recordando aquel bello sentimiento que lo inundó en tiempos tan lejanos para todos los seres vivos, tiempos que sólo su mente podía recordar ya que eran los de su juventud, el extraño ente sintió nuevamente el amor con el que había engendrado a todos los seres que lo habitaron y, afectado por sus recientes sentimientos, a pesar de todos los errores que sus hijos cometieron, decidió ver crecer nuevamente a su creación más caótica.

La incertidumbre de saber cómo sería aquella bebé con el irremediable pasar de los años la obligó a deshacerse de sus harapos y dejó relucir ante la mujer aparentemente abatida tanto otra figura femenina como una piel que en un primer momento era grisácea pero que, lentamente, se tornó tan oscura, tan hermosa, tan fértil.

Avanzó hasta el fondo de la habitación, estiró su mano y la enredadera que cubría la pared formó un trono en el que su señora tomó asiento. En sus piernas se hallaba abrazada aquella valiente mujer que lo dio todo por su descendencia,

**Avanzó hasta el fondo de la habitación, estiró su mano y la enredadera que cubría la pared formó un trono en el que su señora tomó asiento.**



en su brazo derecho descansaba el cuerpo del renacer de la humanidad y en su mano izquierda se posaba su espada.

Así fue como retomó el lugar que siempre fue suyo. Así fue como todas sus creaciones la volvieron a reconocer como la diosa, guardiana y verduga que siempre ha sido. El orden fue restaurado por sus propias manos.